

EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS*

Querido y recordado amigo:

Con el habitual saludo afectuoso te escribimos la siguiente, siempre gentil y tolerante lector.

Para empezar una confesión. Es la siguiente. Si a momentos que esperamos sean cortos, la letra no estuviera clara a tus ojos o pare, ciera más bien emborronada, te rogamos disculpar la deficiencia del amanuense; pero la verdad sea dicha, estos mal pergeñados renglones los trazamos en momentos en los cuales el frío hace más estragos en nuestro pulso que cualquier fiebre de las que suelen afligir las regiones indudablemente tropicales. Tú, añadiendo buena voluntad a tu gentileza, suple todo cuanto sea falta y en esta forma una vez más ganarás el cielo de nuestra gratitud.

Con el propósito de espantar la gelidez ambiental hemos turnado al tocadiscos la tarea de darnos, en grados mayores del sonido, la reproducción del disco que recoge La danza del fuego, de don Manuel de Falla, para haber si así desterramos el frío y damos cabida al colorcito, tan necesario para caldear la cordialidad con la que redactamos estas cartas.

Y no pienses que hemos caído en el mundo mágico de propiciar merced a agentes extraños estados físicos que les son diferentes si no antagónicos. No. Para el caso solamente seguimos las direcciones que Ibn Hazm de Córdoba en El collar de la paloma. El en un pasaje encantador de su libro refiere cómo una blanquísima mujer da a luz un niño negro debido a que ella al momento de concebir tiene puestos los ojos en una miniatura en la cual se reproduce justamente un niño negro. Fíjate tú, querido lector, qué fuerza imaginativa la de la doña que, sin más estímulo que el pensamiento en funciones de recoger una impresión y hacerla memoria, alcanza a transformar los genes. Y etcétera, etcétera, etcétera, porque no es nuestro deseo en esta ocasión aceptar o no las aserciones de Ibn Hazm de Córdoba. Nuestra tarea es otra y a ella vamos.

En nuestra carta próximo pasada pusimos la atención en algunos textos de Juan de Mairena, celebrado libro de Antonio Machado; asimismo, en Floresta española, obra de Melchor de Santa Cruz de Dueñas. La jornada tuvo por mira subrayar páginas de ambos autores en las cuales se vierten sales y donaires que se acrisolan merced a la transparencia y malicia de la prosa, la que en ambos es realizada con altísima mano.

No tratamos de tender entre los dos puentes ni ideológicos ni estilísticos, solamente un lazo de unión confiado al casticismo de ambos, y por lo mismo no hubo en nuestro ánimo recalar en analogías o parentescos que en el afán de las comparaciones solamente en raras oportunidades son eficaces.

En esta ocasión, querido lector, hemos de continuar con la labor impuesta a partir de la carta próximo anterior; pero eso sí, hoy vamos a sumar otro autor que sí parece haber bebido en la fuente de Melchor de Santa Cruz de Dueñas, y él es Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel, duque de Frías, conde de Peñaranda, reconocido recopilador de Deleite de la discreción y fácil escuela de la agudeza. Los tres citados, ellos son Machado, Santa Cruz de Dueñas y Fernández de Velasco y Pimentel, estamos seguros, nos harán pasar un rato agradable.

Hemos de empezar con Machado, el más joven de los tres. La decisión obedece a que Machado mediante su prosa cristalina y ejemplar, sin pedirnos licencia se presenta con un brevísimo texto cortado con péilola humorística. Es cosa vieja discutirlo, pero a todos nos consta que en México y otros muchos países de habla española el humorismo es carta sellada. En algunas naciones cualquier manifestación en la cual se rompa la seriedad, crisma de la parsimonia, muchos se creen con autorización para golpear al dicente, y en su caso, emplazarlo ante los tribunales a fin de que aclare si lo que esconden sus “gracejadas” son o no insultos.

En seguida ustedes, lectores que no han entregado su corazón a la violencia la noche que alumbraron los machetes el Bichara, aprobarán -de eso estamos seguros- la prosa machadeana, titulada “Sobre el escepticismo”.

“Contra los escépticos se esgrime un argumento aplastante: Quien afirma que la verdad no existe pretende que eso sea la verdad, incurriendo en palmaria contradicción. Sin embargo, este argumento irrefutable no ha convencido seguramente a ningún escéptico. Porque la gracia del escéptico consiste en que los argumentos ‘no le convencen’. Tampoco pretende él convencer a nadie”.

- ”Dios existe o no existe. Cabe afirmarlo o negarlo, pero ‘no dudarlo’.
- ”Eso es lo que usted cree.
- ”Un Dios existente -decía mi maestro- sería algo terrible. ¡Que Dios nos libre de él!”

Machado alcanza a poner en crisis aserciones y negaciones comunes sobre todo en personas dogmáticas de profesión, es decir maniqueos de nuevo cuño o ciegos a los colores y por esta razón el mundo cromático lo reducen al blanco y al negro, presencias que anteceden o siguen al color y por lo mismo les son ajenas.

Ha habido casos de personas tan dogmáticas que ni siquiera la evidencia, extremo final en el que se realiza la identidad, es decir a es igual a a, ha podido derrotarlas porque ellas casadas a morir con ideas fijas más que con verdades, no miran más allá del derecho de su nariz. Vaya de ejemplo este sucedido que refiere como cierto y ocurrido en Palenque el escritor Eraclio Zepeda.

Cuenta que hace muchos años, durante el gobierno de Garrido Canabal en Tabasco, trabaron amistad dos personas de bandos opuestos; una era atea y la otra profundamente religiosa. Pese al aprecio que ambos cultivaban el uno para el otro, discutían con calor sobre sus respectivas creencias en una y antiereencias en el otro, sin que las cosas pasaran a más. Pero un día en que los ánimos se caldearon se produjo el siguiente diálogo, que Eraclio Zepeda repite haciendo las voces de los contendientes; la de uno aflautada hasta resultar de contratenor y la del otro grave hasta derivar en tesitura de bajo profundo.

- A poco tú crees en los milagros.
- Como creyente de la existencia de Dios sí creo en los milagros.
- Y bien, ya que crees en ellos hazme uno, a ver si puedes.
- Si Dios lo quisiera yo lo haría.
- Prueba. Prueba.

El de la voz grave como ha de haber sido la de jonás cuando habitaba el fondo de la ballena cayó en una profunda meditación, para lo cual recargó el mentón sobre el pecho. Todo en actitud de fervoroso recogimiento, mientras sus labios recitaban en forma inaudible una oración propiciatorio.

El de la voz aflautada lo observaba con una sonrisa de burla mientras todo parecía estar a su favor, porque la oración del de la voz de fagote constipado parecía no surtir efecto. Este por fin se vuelve a su amigo y le pregunta.

- Amigo, ¿qué clase de milagro quieres que ejecute?
- Que flotes en el aire; que realices un acto de levitación.

Dijo el interpelado al momento de que encendía un cigarrillo y escupía una saliva gruesa sobre una piedra. El beato juntó las palmas de las manos, las apoyó sobre el pecho y entrecerró los ojos, al momento que decía:

- Padre mío, hazme tlotar en el vacío.

Al instante pareció suspenderse todo sonido; los pájaros absortos detuvieron el vuelo silenciosos. Los ganados interrumpieron su labor de pastar. En fin, todo paró su atención en el hombre a quien lo extraterreno había elegido para manifestarse.

En efecto, a los pocos segundos el de la oración empezó a elevarse en el aire; cada vez lo hacía con mayor libertad.

Cuando el de la voz delgada vio a su amigo a varios metros sobre el nivel del piso solamente dijo:

- -Pinche fanático.

Y con estas palabras, cuenta Eraclio Zepeda, terminó un caso entre dos defensores de verdades diferentes. Ya lo riras lector amigo cómo en Palenque se escenificó a la manera chiapaneca uno de los textos escritos por Antonio Machado.

Esperamos haber reproducido, en lo posible, la prosa verbal del narrador chiapaneco Eraclio (sin hache) Zepeda (con zeta). Y como no se trata de tejer asuntos en torno a cuestiones de tan alta teología, don Melchor de Santa Cruz de Dueñas nos hace volver los ojos hacia otro asunto, en el cual si no Dios por lo menos un alto dignatario eclesiástico participa; nada menos nada más que el Papa Alejandro VI. Al leer el pequeño sucedido, lector benévolo, ten en cuenta que al momento de redactar la presente, el ambiente se satura con la información relacionada con la visita de Juan Pablo II a los países de Centro América, en donde el infortunio se cierne en forma que amenaza acabar, si no se le pone coto, a un grupo (más bien nación) étnico sobre el cual pesa el mayor prestigio cultura; que es de recordarse. Nos referimos a los mayas guatemaltecos, autores nada menos que del Popol-Vuh, uno de los libros sagrados de mayor envergadura en el mundo.

Ahora, si bien lo dispones, escucha a Santa Cruz de Dueñas. La cosa corre así:

“En la mesa del papa Alejandro VI se disputaba un día si era provechoso que hubiese en la República médicos. La mayor parte tuvo que no, y alegaron en su razón que Roma estuvo seiscientos años sin ellos. Dijo el Papa que él no era de aquel parecer; antes era que los hubiese, porque al faltar ellos, crecería tanto la multitud de los hombres, que no cabrían en el mundo.”

Si tú, lector, eres por ventura médico, tienes la obligación de no sonreír, sino, por lo contrario, reír de la manera más abierta. Solamente los humoristas de verdad acometen la tarea de reírse de sí mismos. Quien no lo sepa hacer así corre con la mala fortuna de lo que lo elijan para ocupar altos cargos públicos así sepa o no de hacienda pública o de otros pormenores llenos de parafernalias, es decir, atiborrados de impedimentos y cegueras que más parecen castigos para los falsos solemnes que para seres humanos poco más o menos normales. Además, los médicos han sido y serán punto de reunión de sátiras, chinitas, cuchuffetas, vindictas, contumelias, y todo cuanto se le pueda ocurrir a quien en lugar de agradecerle al médico de haberle quitado el apéndice, vaya por caso, le desagrada el haberle prolongado la existencia.

Fernández de Velasco y Pimentel, duque de Frías, como lo dejamos dicho, también narra un episodio en el cual participa un eclesiástico, no tan encubrado como el papa, pero sí lo suficientemente enjundioso como para obligar a los feligreses a inclinarse mientras le besan la mano. Dice él que en un lugar de España, sin precisar día ni año...

“Diose cuenta un buen obispo que cierto eclesiástico traía frecuentemente debajo del manteo un alfanje. Llamóle, y reprendióle con severidad, dio por descargo que lo usaba para defenderse de los perros; a lo que dijo el buen prelado con sinceridad: No, hijo mío, para eso no es menester armas; con decir el Evangelio de San Juan, os libraréis de las mordeduras. Respondió el clérigo: Señor, y si los perros no entienden latín, ¿cómo saldré del peligro?”

Salvando tu mejor parecer amigo lector, y más aún si eres veterinario, nosotros pensamos que el eclesiástico no profesó la razón al decir lo que dijo al obispo. Todos sabemos que hay animales que saben el latín y en forma tan acabada que su dominio les da la seguridad de hacer quedar mal a un enemigo si es que éste se les pone por delante. Tú, lector, aficionado a las corridas de toros que tanto y bien cantó don Nicolás Fernández de Moratín el siglo XVIII, has leído a los cronistas de toros quienes al referirse a un “bicho” resabioso y malintencionado al embestir al torero, dicen que el cornúpeto es tan malvado que hasta sabe latín. Con esto queremos decir que el clérigo que como buen español ha de haber gustado de la fiesta de toros, debería por obligación saber que todo ser enajenado por la ira, v. g. los perros que lo atacaban, sabe latín. Por lo mismo debió rezar o decir el Evangelio de San Juan a fin de no dejar mal paradas a las fuerzas benéficas del más allá.

Al llegar a este punto, si es que lo has hecho querido amigo nuestro, confiamos en que no hayas arrojado nuestra preciosa Revista de la Educación Superior renegando de los males a que invita la prosa (deficiente en nuestro caso) epistolar ejercida con fines, ay, humorísticos. Pero si no lo has hecho y aún esperas otras excursiones por textos que por lo menos amenicen los momentos de calma que te da la sobremesa o en una de esas antesalas ministeriales en las que unos bostezan, otros dormitan y los demás leen libros no siempre desdeñables, entonces volvemos a la carga y orientados hacia Antonio Machado hojearnos su precioso luan de Mairena, que para tantos desaguisados nos ha venido sirviendo.

Reparamos en un texto en el cual Machado reconoce que la palabra “burgués”, nunca ha sonado bien en los oídos de nadie, y enhebra una serie de razones para demostrarlo, no sin recalcar en que la burguesía pese a todo también tiene sus partes amables. Como remate de esta lección de su maestro Juan de Mairena, reproduce una bella reflexión, cuyos términos ilustran sobre cosas que nos resulta imperativo saber. ¿Nos acompañas en la transcripción, lector, por cuyo afecto trazamos estas líneas?

“La vida de provincias —decía mi maestro, que nunca tuvo la superstición de la corte— es una copia descolorida de la vida madrileña; es esta misma vida vista en uno de esos espejos de café provinciano, enturbiados por muchas generaciones de moscas. Con un estropajo y un poco de lejía. . . estamos en la Puerta del Sol.”

En el fondo, Machado recuerda páginas bien templadas de fray Antonio de Guevara, quien dedicó largas horas a exaltar la vida en la aldea y a deprimir la vida en la corte. Machado en realidad es un clásico, y de ahí las secretas paráfrasis. La imagen del espejo enturbiado por la mácula de las moscas, es de primer orden. Tú también lo afirmas, amigo; de ello estamos seguros. Pero hay más. El texto machadeano bien puede ser asimilado a nuestra vida mexicana. ¿No piensas tú que en cada rincón de nuestra maerocefálica ciudad encuentras un remedio de los pueblos del interior? Quien no lo estime así que eche mano del agua y la lejía a fin de revelar cómo el subconsciente de cada uno de nosotros es lecho a un suspirante provinciano que no termina de hacerse cosmopolita.

En seguida llamamos a cuento a Santa Cruz de Dueñas a que diga su parlamento; esto es un decir, porque más bien transcribiremos de él una de las sales que contiene su libro ya citado. Ahora, en lugar de cosas eclesiásticas vamos a asuntos de reyes. Lo importante del caso, es que en muchas ocasiones da testimonios de primera mano, toda vez que él fue testigo de muchos acontecimientos en los cuales los monarcas españoles fueron los actores. Así, sin más preámbulos, lector atento, te damos el sucedido...

“... Entró allí un caballero que traía un gran collar de hombros, y venía muy derecho, sin torcerse a ninguna parte. El rey preguntó a Hernando del Pulgar: ‘¿Qué parece este caballero?’ Respondió. ‘Asno matado, con el cesto al pescuezo’”.

No somos pocos los que al escuchar o leer el nombre de una persona de inmediato hacemos memoria a fin de averiguar quién es. En el texto aparece Hernando del Pulgar, ilustre escritor, de transparentes títulos en su prosa. Para comprobarlo, amigo nuestro, nada mejor que dar lectura a algunas páginas de sus Claros varones de Castilla, colecciones de retratos biográficos que tanto han influido a la posteridad, es decir a quienes en los tiempos sucesivos a él han dedicado sus oficios a contar en forma breve la vida y milagros de personas ilustres. A este propósito, ¿recuerdas la bien nutrida Galería de retratos de Ermilo Abreu Gómez?

Sin embargo, el punto de la mayor atención en el sucedido está en la rápida pintura que del Pulgar hace del caballero ridículo quien, a costa de su atildamiento e incomodidad, se esfuerza en llevar adornos que lo ponen en ridículo. A cuántos estafermos criollos no has visto tú, lector, en los salones iluminados de embajadas y palacios, portar el frac como si se tratara de un albarda mal acomodada sobre un saco de papas mal amarrado? Y para colmo nos asordan con el tintineo de las condecoraciones que penden de sus pechos. ¿Pechos? Más bien territorios de nadie porque suelen confundirse con panzas prominentes, tan tirantes que amenazan con romper de pronto corsetes y otras prendas niorderadoras de adiposidades. Por algo, pues, es un clásico Hernando del Pulgar y tanto como él Santa Cruz de Dueñas. ¿Por qué? El primero porque merced a su sola expresión realiza un retrato digno del mejor pintor de paleta y caballete y el segundo, por permanecer atento a lo que ocurre a su alrededor, anotarlo, en seguida escribirlo a fin de que nosotros, los de generaciones del ya muy remontado río del tiempo, gocemos, riamos y aplaudamos como si los hechos se representaran en vivo, frente a nuestros ojos asombrados.

En el libro Deleite de la discreción y fácil escuela de la agudeza, de Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel, en el capítulo II, dedicado a los “... grandes señores, caballeros, virreyes, magistrados, gobernadores y jueces”, hallamos esta joya de gran valor. Y en lugar de encarecértela por anticipado, lector de preciosa bondad, hemos de transcribirtela para ganar tiempo. Corre así:

“Don Francisco Navarrete, gobernador de Indias, fue dotado de gran discreción, aconipañada de natural gracia; había un caballero en la república de su mando, sumamente inquieto en juveniles travesuras; quiso contener aquel bullicioso ardimiento, ya por medios suaves, ya por amenazas, y ya por mortificaciones; y no bastando a corregirle, últimamente proveyó un decreto en esta substancia: Salga don N. desterrado a quinientas leguas del territorio de mi jurisdicción, y en mil años no vuelva a él. Representó el reo que para tan larga jornada, era menester mucha prevención; y así, en fuerza de la ley, se le diese tiempo competente; proveyó de nuevo el alegato: Concédese a esta parte cien años para la disposición de su viaje, y pasados, cumpla lo mandado, sin réplica y con aperebimiento.”

Si tu entusiasmo se produce como el nuestro, discreto lector, estamos seguros que has encendido un velón frente a la imagen narrativa de Velasco y Pimentel. Ah, si muchos gobernantes, grandes, medianos y chicos, leyesen estas páginas, ¿no crees tú, amigo, que la impartición de la justicia andaría sobre mejores pies? Para muchos éstos son torcidos y con tantas callosidades que a cada paso trastabillean y amenazan con romperse; esto en el mejor de los casos, porque en tratándose de aplicar la justicia rectamente, tú lo sabes, ésta se apoya en muletas que a todo responden menos a la equidad. Desde luego esto no es habitual porque hay y ha habido jueces tan probos que llenan extensos volúmenes. Consúltalos.

En fin, pues, el buen humor no hace daño a nadie. No otra cosa, tal vez, quiso decir el Padre de de las Casas cuando encontró una suerte de eslabón perdido al reconocer que los indígenas eran seres humanos toda vez que reían. Aristóteles lo asistía. ¡Qué bien que muchos siglos después el juicio del estagirita se impusiera para, por lo menos, el Padre de de las Casas defendiera a los indios! ¿Y ahora quién los defiende? ¿Qué misionero interpone sus altos oficios frente a la máxima autoridad con el propósito de que, por lo menos, la vida de los mayas sea respetada? ¿Qué Aristóteles es válido en este caso que llora sangre? Porque has de saberlo, el día de mañana cuando alguien pida cuentas y pregunte por los hermanos indígenas desaparecidos, tal vez ya sea tarde hasta para lamentarse. Esto, claro, no responde al buen sentido de humor que hay que poner en todo. Responde, llanamente, y disponte a escuchar la voz de la conciencia de la historia.

Don Antonio Machado quizás recoja en el siguiente texto, con el que nos despedimos, amigos queridísimos, buena parte de nuestras quejas. En alguna manera él, como poeta, puede llegar ahí en donde el psicoanálisis deja de ser lucidez. ¿Lo logran estas palabras tan paradójales como el alma de las cosas mismas?

“Nunca”, “nada”, “nadie”. Tres palabras terribles; sobre todo la última. (Nadie es la personificación de la nada.) El hombre, sin embargo, se encara con ellas, y acaba perdiéndoles el miedo ... ¡Don Nadie! ¡Don José María Nadie! ¡El excelentísimo señor Don Nadie! “Conviene que os habituéis -habla Mairena a sus discípulos- a pensar en él y a imaginarlo. Como ejercicio poético no se me ocurre nada mejor. Hasta mañana.”

En efecto, lector, piénsalo e imagínalo, porque desde tiempo inmemorial te ha tendido la mano en solicitud de auxilio. Sin más, tus amigos que a veces, también, creen en el patetismo.

* Departamento Editorial de la ANUIES.